

# Don Raúl Porras Barrenechea y su Biografía de Pizarro

Por SERGIO VILLALOBOS RIVERA

Desde hace largos años, el eminente historiador peruano don Raúl Porras Barrenechea trabaja con paciencia y erudición en la que será su monumental biografía del Fundador del Perú, la obra de su vida.

La exhaustiva investigación realizada arrojará muchas novedades y cosas sorprendentes que permitirán apreciar la vida de Pizarro desde ángulos ignorados y establecer su verdadera fisonomía, deformada por la leyenda, los historiadores primitivos y la literatura histórica del siglo pasado y del presente. Desaparecerá el monstruo vestido de hierro que con mano inclemente y brutal sojuzgó al civilizado y seráfico Imperio Incaico. Pizarro dejará de ser el cruel y pérfido conquistador pintado por Las Casas y acogido por la pluma de los historiadores anglosajones; y, por otra parte, se dará una idea verdadera del estado cultural del Imperio de los Incas, exaltado por los indigenistas que han querido ignorar muchas de sus atroces costumbres. Vaya como ejemplo aquel episodio en que Atahualpa cae prisionero. Los historiadores han descrito con vivo colorido la pacífica y temerosa columna con que el Inca llegó hasta Cajamarca a presencia de Pizarro que le tenía preparada una vil celada. Ahora bien, la verdad es que el Inca tenía preparada otra celada. Había ordenado que sus hombres llevaran ocultas, bajo sus ropas, hondas y talegas de piedras, únicas armas con que creía poder derrotar a los miserables blancos, y, lo que es más sugestivo, según confesó después, se proponía matar algunos y mutilar a otros; Quizás habría bebido en cráneos españoles, así como lo hacía en el de su hermano. Huáscar!

En otro aspecto que el señor Porras Barrenechea promete innovaciones trascendentales, es en el que se refiere a las relaciones de Pizarro con Almagro. Según él, y en esto no estamos de acuerdo, Pizarro habría sido el verdadero conquistador del Perú, correspondiendo a Almagro solo un papel ínfimo. Pizarro habría sido un hombre generoso, leal, misericordioso, querido de

su gente, mientras que Almagro habría sido un burdo personaje, alabancioso, deslenguado, despreciado por sus soldados y envidioso de la gloria de su compañero.

De estas opiniones sobre el carácter de los dos socios, arrancan en gran parte las conclusiones a que llega el distinguido historiador peruano sobre las odiosas divergencias que restaron brillo y cubrieron de sangre la empresa de la conquista del más rico imperio indígena.

Ya habíamos tenido oportunidad de conversar con el propio Dr. Porras Barrenechea sobre lo que llamaremos su "doctrina pizarrista"; pero ignorábamos que ya anduviese por esos mundos de Dios algo escrito sobre el asunto. En efecto, cavando hace pocos días en las ricas vetas de una librería de viejo, encontramos un folleto publicado por la Academia Peruana de la Lengua en el que se contiene el discurso de incorporación como académico del señor Porras, en el que analiza y justifica su «doctrina pizarrista», médula de lo que será su biografía. Aquel hallazgo nos movió a escribir el presente artículo con el objeto de rebatir algunas afirmaciones bastante antojadizas que el estilo ameno y sutil del autor hace digerir plácidamente si no se tiene la precaución de escarmenarlas un poco.

Comienza el señor Porras, desvués de narrar como ha sido deformada la verdadera personalidad del marqués Pizarro, reuniendo los testimonios de cronistas y contemporáneos favorables a su personaje. Abundan los términos de sobrio, recto, prudente, moderado, valiente, honrado, hábil, generoso, y ni siquiera faltan algunos malos versos y algunas palabras en italiano, "fidele et constante el molto amato de ogni christiano". Cualidades, todas estas, que se le atribuían desde que era un colono cualquiera en Panamá.

Por un extraño descuido, el Dr Porras olvidó aquel triste suceso ocurrido en la misma tierra de Panamá, cuando Pizarro salió al encuentro de Vasco Núñez de Balboa, su antiguo compa-

ñero de miserias y horrores en el Darién, ya caído en desgracia, a tomarlo prisionero por orden del advenedizo gobernador Pedrarias Dávila. Balboa le dijo extrañado: "¿Qué es esto, Franciseo Pizarro? Antes no salíais a recibirme de esta manera". Pizarro, sin contestar nada, lo condujo a Acla, pueblo que luego sería el patíbulo del Descubridor del Pacífico.

Pero nuestro ánimo no es denigrar la persona de Pizarro, que creemos merecedora de muchos elogios, sino de colocar las cosas en su lugar.

Por regla general, cuando se quiere enaltecer la figura de un hombre, además de hacer su panegírico, se trata de empequeñecer a los que fueron sus contrincantes o rivales hasta reducirlos a la más baja condición moral. Así se cree dar lustre y gloria a los ídolos. Pocas veces se consideran los pecados y virtudes de ambas partes, sino que forzosamente una de ellas ha de cargar con todas las culpas. En estos errores parece haber caído el Dr. Porrás Barrenechea, pues junto con presentarnos un Pizarro ilustre, nos habla de un Almagro "rudo, vulgar, excitable y escaso de entendimiento y encima de esto había perdido un ojo", según su humorística expresión.

A continuación copiaremos un párrafo del escritor peruano para en seguida analizarlo: "Almagro era un burdo personaje. Sus propios amigos y apologistas no han podido hacer un retrato favorable de él. Gómara dice que era esforzado, diligente, amigo de honra y fama, franco, más con vanagloria, quería que supiesen todos lo que daba. Por las dádivas lo amaban los soldados, que de otra manera muchas veces los maltrataba de lengua y manos. Pedro Pizarro asegura que era mentiroso, a todos les decía sí y a nadie les cumplía y era también, dice ratificando a Gómara, de muy mala lengua que en enojándose trataba muy mal a todos los que con él andaban".

Hay que observar que en el párrafo copiado se nos presenta la opinión de "amigos y apologistas" del Descubridor de Chile. Pues bien, Gómara jamás estuvo en América y a pesar de ser inclinado hacia a Almagro, no lo conoció más que por testimonios indirectos. Mal pudo ser su "amigo". En cuanto a Pedro Pizarro, pariente y adicto del Marqués, no fué "amigo", y mucho menos "apologista" de Almagro.

Con las explicaciones anotadas se puede comprender el peligroso juego literario que hace el señor Porrás: si los "amigos y apologistas" nos dejaron un retrato tan desfavorable...

Pero la verdad es otra y para atestiguarlo daremos las opiniones de cronistas imparciales y parciales.

Pedro Cieza de León, que no se vió envuelto en las facciones de los conquistadores, dice que Almagro era de cuerpo pequeño, de feo rostro e de mucho ánimo, gran trabajador, liberal aunque con jactancia, de gran presunción sacudía con la lengua algunas veces sin refrenarse. Era avisado, y sobre todo muy temeroso del rey. Fué gran parte para que estos reinos

se descubriesen". En conclusión, no le encuentra otro defecto que ser jactancioso.

Un espíritu superior, el Cronista Mayor de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, que conoció íntimamente a Almagro, dice: "Este pecador deste adelantado don Diego de Almagro, no lo quiero hacer recto, ni creo que dejó de pecar, porque la compañía de tantas gentes e tan largas conciencias no podían dejar de prestarle algún avieso; pero puédesse creer que fué uno de los más escogidos e más acabados capitanes que a Indias han pasado (y aun que fuera della han militado). Yo no he visto ni oído capitán general ni particular, acá ni donde he andado (que ha sido mucha parte del mundo), que no quisiese más para sí que para sus soldados ni su príncipe, sino este: que si todo cuanto oro e plata e perlas e piedras preciosas hay en estas Indias e fuera dellas estuviesen en su poder y determinación, lo osaba de dar primeramente a su rey, e después a sus militares e después a cuantos ovieran menester, e lo menos guardara para sí, si no con propósito de darlo".

En otras partes, agrega Fernández de Oviedo las siguientes frases: "Almagro era hábil, diligente, liberal, expedito en lo que había de hacer". "Don Diego de Almagro, muerto por envidia e por ser tan bueno como desdichado, e tan desdichado como liberal e franco, e tan franco como virtuoso e como leal e católico". "Perdió la Cesárea Majestad uno de los buenos vasallos e leales servidores que en las Indias tenía, e más codicioso de descubrir tierra, y el más querido capitán de su gente que en estas partes se ha visto hasta agora. Quedó tanta tristeza en todos, que cada uno de los de Chile le pareció que le habían muerto a todo su linaje, e comunmente todos los que le conocieron quedaban muy lastimados; e con mucha razón, porque dice el autor de esta triste relación que cree que nunca reinó en el adelantado Almagro codicia de tesoro, ni lo deseó sino para darlo, como hombre que lo tenía en la estimación que se han de tener las riquezas perecederas".

El mismo Gómara, a quien citó el señor Porrás Barrenechea para dar algunas opiniones adversas a Almagro, dice en otras páginas de su obra: "Dió y emprestó muchos dineros a los que iban con él (a Chile), porque llevasen buenas armas y caballos; y así, juntó quinientos y treinta españoles muy lucidos, y que buena gana querían ir tan lejos por su liberalidad y por la gran fama de oro y plata de aquellas tierras".

Para finalizar las opiniones sobre Almagro, daremos la de Antonio de Herrera, cronista de envergadura, completamente ajeno a las luchas de los conquistadores y que juzgó las cosas con ánimo sereno: "Y determinado Almagro de hacer la jornada (de Chile), se pregonó que se apercibiesen para ella todos los que no tenían que hacer en el Cuzco, de que todos se holgaron, porque de buena gana iban con el mariscal, por ser hombre blando y liberal, con que era amado, porque al cabo el amor de los hombres se adquiere con buenas palabras y buenas obras".

¿Después de estas citas que hemos hecho, de cronistas de mayor categoría que los presentados por don Raúl Porras donde queda el Almagro burdo, deslenguado, grosero y envidioso que pretende legarnos?

Otra de las acusaciones que hace al Descubridor de Chile es su falta de misericordia para con los pobres indios. ¡Nada más erróneo!

Son innumerables los testimonios que nos han quedado de la bondad de Almagro con los naturales. La acusación de que trajo a Chile encadenados a los indios auxiliares, ha sido rechazada por la crítica moderna. Su amistad con Pablo Inga, hermano del Inca, que lo acompañó fielmente a Chile, prueba la generosidad de su alma.

En la obra "Conquista y población del Perú", atribuida al padre Cristóbal de Molina, han quedado valiosos datos sobre la confianza que el Inca Manco tenían en Almagro. En cierta ocasión que su vida corría peligro en mano de los españoles, el Inca abandonó sigilosamente su casa y fué a ocultarse a la pieza de Almagro debajo de su cama y no salió de allí hasta que se le dieron seguridades. Tiempo después, cuando aquel había habia partido ya a la conquista de Chile y los españoles cometían toda clase de tropelías con su persona, el Inca trató de fugarse para ir donde Almagro "para ampararse en él porque le trataba bien". Según un documento inserto en la causa contra Juan Rodríguez Barragán, publicado por Medina en el tomo VI de sus "Documentos inéditos", los indios, después de muerto Almagro, exclamaban: "¡Oh nuestro padre Almagro, que tan bien nos tratabas e defendías, que después de te haber muerto nos han muerto e robado a nosotros!"

Quisiéramos seguir desvirtuando los otros cargos que el señor Porras Barrenechea hace a Almagro; pero la falta de espacio nos obliga a quedarnos con las pruebas dormidas entre nuestros papeles.

Sólo haremos unas últimas observaciones. Copiaremos un trozo que es como un secreto robado a la correspondencia de Almagro, en el cual se reflejan sus buenos propósitos para con Pizarro, puestos en duda por el escritor peruano. Es un párrafo de una carta de 1537 a Juan de

Espinoza, su representante en España, y dice así: "Son tantas las cosas acaecidas después que partistes del Cuzco, que aunque dellas envío relación a su Majestad, como veréis por el traslado que envío, quedan muchas por decir, de harta importancia, por contemplación del gobernador mi compañero: comunicarlas habréis con el alcalde que la sabe y haced de manera que conozcan poca pasión por mi parte en el Consejo, porque os certifico que estoy sin ella, salvo si viéredes que se tiene conmigo". (Medina, "Documentos", tomo V).

Aquellas son palabras sinceras que reflejan un alma bondadosa. Si Pizarro abrigó los mismos buenos sentimientos que su compañero, quiere decir que las dificultades que surgieron entre ambos se debieron a falta de comprensión, a malos consejeros, a desconfianza, factores que pueden torcer las mejores intenciones.

Para terminar trascribiremos un párrafo de una carta de Fernández de Oviedo al rey, en el que traza con notables palabras las actividades de los malos consejeros: "Veo yo que Pizarro e Almagro sin letrados fueron mucho tiempo compañeros e amigos, lo que uno tenía fué de entrambos e lo de entrambos de cada uno de ellos, e así allegaron mucha hacienda en paz e la gastaron sirviendo a Vuestras Majestades toda e aun la de sus amigos, e descubrieron aquel grande e riquísimo imperio austral, e no fueron menester letrados para esto, pero después que lo hubo en aquella tierra e entendieron entre ellos, se perdió la amistad, e se perderá la tierra, si tantas letras andan en ella".

Estas palabras pueden encerrar las verdaderas razones de la enemistad de los dos inmortales españoles.

No hay motivos para creer que Almagro fuera el culpable de las diferencias con Pizarro, como afirma el historiador Porras Barrenechea para afianzar su "doctrina pizarrista". De la atenta observación de los documentos, juzgados con sana crítica, aparece don Diego de Almagro como un hombre recto, justo, bondadoso, querido de sus compañeros y respetado por sus soldados que un día de esperanzas salieron en pos de su estandarte a descubrir una tierra de promisiones.

